

Postales electorales

Presentamos un caleidoscopio de testimonios electorales por un grupo diverso de escritores y periodistas. Desde ópticas ideológicas opuestas, tres mexicanos y dos extranjeros narran la jornada electoral y sus derivaciones.

El Cuarto de paz (sin luz)

SABINA BERMAN

La primera reunión de los miembros del *Cuarto de paz* sucedió el viernes previo a las votaciones. Los convocantes, expertos de la ONU en elecciones difíciles, hablaron de una posibilidad riesgosa: para las once de la noche del domingo el conteo de votos preliminar (PREP) arrojaría tal vez un empate, o un casi empate, y el Consejero Presidente del IFE no podría declarar un candidato puntero, lo que llevaría a un compás de espera tenso para el país. Sólo entonces nosotros tendríamos una función, y sólo declarativa: llamar a que ningún contendiente 1) se declarara ganador, 2) llamara a movilizaciones de personas y/o 3) desautorizara al árbitro del proceso, el IFE.

A las 8 PM del domingo, hora del cierre de las casillas, nos empezamos a reunir en el *Cuarto de paz*. Un salón en el Hotel Camino Real del sur de la ciudad. Había noticias inciertas. Flotaba una angustia suave. José Antonio Crespo había preparado nuestro comunicado como si fuera un mecano: algunos párrafos podían quitarse, otros añadirse, todo dependiendo de qué pasara para las 11:15, cuando saldríamos a darlo ante la prensa (o tal vez no). Nos sentamos a una mesa grande para pulirlo: precisarlo, ajustar términos legales, agregarle una frase aquí y allá.

A los dos minutos para las once nos habíamos sentado frente a la televisión para oír el anuncio del presidente del IFE; llovía a cántaros y de pronto Julieta Fierro se me acercó por la espalda y me sopló al oído que yo leería el comunicado. “¿Tienes algún impedimento?” El Presidente del IFE apareció en pan-

talla y yo dije aprisa “ninguno”.

El Presidente del IFE declaró lo temido: no podía señalar un puntero sin riesgo a que dejara de serlo en las próximas horas. La condición de riesgo se había cumplido y daríamos el comunicado en breve.

Menos de un minuto después apareció en el televisor el Presidente del país y la lluvia arreció ritmada de relámpagos. Alguien comentó que la rapidez de su aparición, y el hecho de que estuviera leyendo en un *teleprompter* un mensaje largo y articulado, implicaba que hacía tiempo (¿horas?, ¿minutos?, ¿días?) conocía lo que el presidente del IFE acababa de anunciar al país. Bueno, ¿y qué tal si el Presidente había preparado tres mensajes distintos previendo tres distintas declaraciones del IFE? ¿Era improbable?

En todo caso, en el *Cuarto de paz* fue palpable eso llamado conciencia colectiva —lo que todos sabemos que todos sabemos—: hacía mucho que el presidente Fox había dejado de ser una autoridad moral en nuestra democracia; Fox había preferido convertirse en un entusiasta promotor del candidato panista a conservar la neutralidad digna de un presidente de todos los mexicanos.

Salió AMLO en pantalla. Tenso, crispado, acercó su rostro al micrófono para hablar. Y entonces se fue la luz y todos saltamos. ¿Qué pasa?, ¿cómo puede ser que nos falle el televisor?, ¿nos falla a nosotros o han cortado la transmisión en todo el país? Cuando volvió la imagen sólo era claro que AMLO ponía en duda el conteo del IFE, que se declaraba ganador, de acuerdo a otros conteos, y que llamaba



a la gente al Zócalo de la capital.

Y salió luego Calderón. Entre apagones logramos discernir que citaba encuesta tras encuesta antes de declararse ganador también.

Entonces Diego Antoni, nuestro enlace con la prensa, entró al salón y nos avisó que era nuestro turno: “Pasen al salón adjunto a dar el comunicado.” “¡Pero si no tenemos ya comunicado!”, exclamó alguien.

Era cierto. Cómo pedir que nadie se declarara ganador si dos candidatos acababan de hacerlo; cómo pedir no llamar a movilizaciones, si AMLO lo había hecho; cómo pedir no desautorizar al IFE, si ya se le había puesto en duda.

Nos sentamos a la mesa grande a corregir el comunicado. Estábamos silenciosos y se escuchaba la lluvia como tambores.

“Es una cuestión de tiempos verbales”, se me ocurrió. “Donde iba “no declararse ganadores” debemos poner “se han declarado ganadores”; donde iba “no llamar a movilizaciones”, ponemos “han llamado a movilizaciones”; y así nos seguimos.

Todo mundo asintió y empecé a escribir sobre cada verbo otro. Pero al llegar al cuarto párrafo en el que pedíamos respetar al IFE, Diego Valadés preguntó: “¿Por qué pedimos eso nosotros?”



Lentamente explicó cómo eso era “subirse al carrito” de los adversarios de AMLO. ¿Cada uno de nosotros podía jurar que el IFE había sido impecable? Un suspiro recorrió la mesa y con un trueno furioso se fue la luz. En la oscuridad Gilberto Rincón Gallardo desglosó lo que significaba no colocar al centro del comunicado el respeto al arbitro de la contienda, mientras a mi espalda alguien, no supe quién, murmuró: “Si no salen ahora ya no salgan; los medios se van.”

Volvió la luz y José Antonio Crespo dijo: “A ver, miren, llamemos a los candidatos a respetar al IFE por lo pronto, y de ser el caso, a presentar después sus inconformidades ante el Tribunal Electoral...” Mientras Crespo hablaba yo escribía lo que decía. “Escrito está”, le dije cuando terminó. “Vámonos”, nos apuró Diego.

La prensa esperaba impaciente. Nos sentamos ante ella a una mesa estrecha y larga. Clara Jusidman anunció que la doctora Berman leería el comunicado, me pareció imprudente corregir ahí que no soy doctora y de cualquier forma en ese instante Mateo Lejarza me sopló al oído: “En el último párrafo agrega la palabra *organizaciones*.” Me reí entre dientes. Estaba de atar Lejarza, con tal de que el comunicado todavía tuviera algún sentido oportuno

nos daríamos por satisfechos.

Leí el comunicado sorprendiéndome, con cada párrafo, de su oportunidad. Si antes advertía de escenarios peligrosos, ahora los estaba describiendo con una claridad útil, y señalaba el camino por seguir para la ciudadanía: defender hasta el final el proceso democrático. Hasta el final: si era necesario hasta el Tribunal Electoral.

La última frase la leí con un escalofrío: “Por la paz social, la democracia y la unidad de todos los mexicanos.” Hacía treinta minutos la frase me había sonado a la rúbrica cansada de una institución (“Por mi raza hablará el espíritu”, “El canal de las estrellas, nuestro canal.”) Ahora sentí que la frase apalabraba mi real anhelo —y posiblemente el de la mayoría de los mexicanos. Queríamos paz, pero no una paz humillada, sino paz en la democracia —en el gobierno elegido legalmente por la mayoría—; y queríamos democracia, pero en la unidad de **TODOS** los mexicanos. Los periodistas soltaron sus cámaras y grabadoras para pararse y aplaudir.

Y entonces, de tajo, la luz se fue otra vez, ahora por largo tiempo. —

El pulso de la calle

BERTRAND DE LA GRANGE

El taxista tenía puestas en el tablero de su vocho ecológico las banderas de los tres principales partidos, PAN, PRD y PRI. ¿Y eso? ¿Usted todavía no ha tomado su decisión? “Pues fíjese que no.” El trayecto era demasiado corto para indagar más. Tendría otras oportunidades más adelante. Tal y como había hecho infinidad de veces desde mi primera estancia en México, en 1978, y durante mis años de corresponsal para *Le Monde* (1987-1999), recorrí varias regiones del país durante las últimas semanas de este proceso electoral, el más fascinante y más competido de cuan-

tos he seguido en más de dos décadas en América Latina, con la excepción de la votación de febrero de 1990 en Nicaragua. Las encuestas favorecían a Andrés Manuel López Obrador, pero estaba claro, salvo para los que no querían verlo, que la suerte no estaba echada, y que Felipe Calderón también tenía posibilidades de llegar a Los Pinos. Los sondeos revelaban los parámetros generales del sentimiento popular, pero era necesario medir el pulso de la calle, de manera directa, sin la intermediación engañosa de las casas encuestadoras.

A esto me aboqué durante dos semanas, preguntando en los mercados y los puestos de comida, a los vendedores de periódicos, los meseros, los boleros y, claro, a los filósofos del volante, esos taxistas procedentes de la universidad de la calle y, también, de la UNAM. Fueron conversaciones informales en el Distrito Federal, Hidalgo, Querétaro y Tabasco. La calle es una mina de información, sin el sesgo de los datos manejados por los políticos y los medios. Si no tienes prisa y no intentas llevar al interlocutor por un sendero predeterminado, se establece la confianza. Y te cuentan, por ejemplo, que en las colonias populares donde viven está mal visto decir que piensas votar por el PAN, por ese Felipe Calderón que “cae bien”, a pesar de que apenas lo conocen: “Tienes que decir que le vas al PRI o al PRD, según quien te pregunta.” ¿Y eso, por qué? “Pues para no tener problema, por lo de los bonos de los viejitos, el terreno que nos están gestionando, ya sabe, todas esas cosas.”

Esos comentarios me recordaban otras campañas electorales en varios lugares de América Latina, donde la gente humilde y la clase media baja, por temor a represalias, no se atreven a discrepar públicamente de ese voto “colectivo” y socialmente correcto, manejado por los partidos clientelistas o autoritarios. El caso paradigmático es la Nicaragua sandinista de 1990, que

Postales electorales

sufrió una derrota abrumadora porque no supo medir el pulso de la calle y se dejó engañar por unas encuestas equivocadas. México no es Nicaragua, claro está, pero hay similitudes en el comportamiento de los que temen perder lo poco que tienen o, incluso, la vida misma en el caso de Nicaragua, donde una victoria de los sandinistas habría implicado la continuación de la guerra civil. El voto oculto se decantó por Violeta Chamorro y, aquí, me quedé con la impresión de que terminaría favoreciendo a Calderón.

En ese recorrido por las tierras mexicanas me he encontrado con viejos conocidos, empezando por uno de los *mapaches* más famosos, José Guadarrama, que, en previsión del naufragio del PRI, tuvo el olfato de pasarse al barco de su acérrimo enemigo. Ahora es senador perredista por Hidalgo. Asombroso. A Guadarrama lo vi trabajar con mucho éxito cuando era delegado del PRI en Michoacán y tenía como misión impedir la victoria del PRD en las elecciones de diputados locales y de presidentes municipales, ambas en 1989. Se lo recordé en su casa de Pachuca: “Son señalamientos tan perversos, tan ruines”, contestó. Es lo que dicen también los autores y cómplices del fraude patriótico de 1988, los Bartlett, Camacho o Ebrard, hoy al servicio del PRD (¿o es la izquierda la que se ha puesto a la orden de los ex priistas?). Ahora, son ellos los que denuncian las supuestas manipulaciones de la votación del 2 de julio. ¿Cómo creerles? Al principio, la mayoría de los corresponsales y comentaristas extranjeros compraron la historia. *The New York Times* fue uno de los primeros en tomar distancia, pero sólo cuando se sintió engañado por las pruebas espurias presentadas por el PRD. Varios medios europeos, en cambio, no tuvieron la decencia de desmentir las acusaciones, y sus lectores deben de estar todavía convencidos de que hubo un gigantesco

fraude a favor de Calderón.

¿Qué habría ocurrido si, en lugar de Calderón, hubiera ganado López Obrador con 244,000 votos? No dudo que las huestes del PRD estarían en la calle para impedir el recuento “voto por voto” que exigen hoy. Y tendrían el apoyo de los mismos columnistas y escritores que descalifican ahora al IFE y hablan de “golpe de Estado técnico”, azuzando así a los sectores más fanáticos del país e insultando la inteligencia de sus lectores. “La traición de los clérigos”, como rezaba el título del magnífico ensayo de Julien Benda (1927), sigue vigente ochenta años después de su publicación. —

La pesadilla de la marmota

FABRIZIO MEJÍA MADRID

Día de elecciones presidenciales. Estuve tirado en la cama sin hacer durante veinte horas, viendo televisión con una libreta en la mano. Así de ingrato es el trabajo del cronista. Sin papas ni cerveza, porque las autoridades de este país, tan avanzado democráticamente, siguen pensando que los ciudadanos incendiamos casillas con lo que nos resta de brandy Presidente. Vi el triste espectáculo televisivo de lo que no es entretenido: señores y señoras votando, filas, sonrisas de candidatos, despropósitos de la gente que habla en la tele: “Las nubes agendaron su cita con la Fiesta de la Democracia.” Creo que en una parte me quedé dormido.

Fue el telefonazo de Juan Villoro el que me despertó. Eran pasadas las seis de la tarde. Si bien entendí, un gerente de un hotel donde se guarecía un equipo de campaña estaba preocupado. Un empate parecía lo que se avecinaba. Era posible, aunque impensable. Posible porque los “punteros” de las encues-



tas, PRD y PAN, lo fueron, al final, del “margen de error”. Impensable porque López Obrador había salido victorioso de todas: a la dirigencia de su partido, al gobierno del DF, al desafuero. Y también porque Felipe Calderón, animadísimo, como si condujera un programa de concursos había dicho: “Voy a garantizar la estabilidad económica para que sigan bajando las tasas de interés para que puedas renovar tu cocina.” Era el líder del Programa de Oportunidades Pro-Mandil, 2006-2012. *No way, no güey.*

Llamé a mi diputado de oposición predilecto, entre otras razones, porque es el único que conozco, y me confirmó sus encuestas de salida: “De siete que tengo, en cuatro vamos arriba por menos de dos puntos, y en tres abajo por menos de uno.” Agregó sin que yo le preguntara (de hecho no pude hablar, trabado por la sorpresa): “Una televisora ya decidió no dar a conocer sus propias encuestas de salida.” El regreso telefónico con Villoro sólo sirvió para la angustia que disfrazamos de profesionalismo: “¿Y ahora que vamos a escribir?” En verdad era por lo que le esperaba a un país que siempre cree que el espejo en el que se mira está roto, pero que esta vez se sabía partido él mismo.

Entré en el periodo de negación. ¿Cómo Calderón? ¿Si había dicho: “En primer lugar voy a impulsar fuer-



temente el deporte; si queremos reducir la inseguridad”? Era el del Programa Oportunidades-Extenuando a los Rateros 2006-2012. Volví a la televisión sólo para verificar, a las ocho y a las once de la noche, que nadie sabía nada, ni el IFE. Una comida, dos meses antes, se revolvió sobre mi cabeza: Ugalde, el Presidente del IFE, nos dice a un grupo de gente que escribe o dibuja: “El peor escenario para la institución es que gane Calderón por poco. El menos complicado es si gana López Obrador por más de cinco puntos.” Estábamos en el peor. A eso habíamos llegado. La ley de Ugalde era la de Murphy. Las matemáticas fallaban hoy, cuando hace seis años, las “variaciones Woldenberg” habían sido perfectas. De todos modos había que escribir y me acosté con la idea de una pesadilla. Es una película de Bill Murray en la que todos los días son el mismo día. Una marmota predice el clima de todo ese año, pero siempre es el mismo, a tal grado que el personaje de Murray sabe en qué momento evitar un accidente o predecir los gustos de una mujer a la que quiere ligarse.

No hay muchas elecciones de donde elegir en el imaginario colectivo. Una es la de 1988, la del fraude, los costales de boletas quemadas a favor de la izquierda en las carreteras, el grito de repudio total, en fin. La otra es la del 2000, sosega-

da, con la cara de Zedillo reconociendo la derrota del PRI, al grito de voto útil, en fin. Los votantes de López Obrador transitaron con agilidad a una versión del primer supuesto. Los de Calderón, a una copia del segundo. ¿Qué país somos realmente?

El miércoles siguiente a la elección, una cena termina en torno a la televisión. Es el cómputo de los trescientos distritos electorales del país. Parece el hipódromo: el del PAN va alcanzando minuto a minuto al del PRD. Ningún locutor se atreve a pensar que ésa no es la oscilación de un conteo. Nada se comporta así más que la capacidad respiratoria de un senador de la República. Entre los comensales hay desánimo, algo de coraje, ganas de empujar el *Tafil* con un poco de *whiskey* y convertirse en la Marilyn Altiplana. Por cero punto cinco puntos, Calderón ganaba la elección.

De regreso a la cama que seguía sin hacer desde el domingo volví a la idea de una pesadilla donde el día siguiente es el mismo que el de ayer. 1988 o 2000 dan exactamente lo mismo en las fallidas matemáticas del país del “margen de error”. Repetiremos la exclusión de la mitad del país o la era de las frivolidades panistas. Son la misma. Y la marmota seguirá prediciendo el clima. —

Las peores noches de nuestras vidas

ANTONIO ORTUÑO

Vi a unas ancianas rezar para que Felipe Calderón remontara en el conteo final y bailar algo parecido a la danza de los machetes cuando lo hizo (“Los perredistas no rezan porque saben que no les conviene”, decía la más arrugada, en plena euforia). Vi a otra anciana, desarrapada, llorar en su puesto de tacos, de madrugada, mientras el radio confirmaba la ventaja de

Calderón (“Ya nos robaron estos hijos de la chingada, ya nos partieron la madre de nuevo”). En la tele, una joven lamentaba la aparente derrota de López Obrador “porque tiene un corazón de oro”. Un muchachito de lentes asomaba por la ventana de un automóvil bramando el grito bélico de la izquierda: “¡No pasarán!” Un tipo de mezcilla, algo viejo, bromeaba: “Nunca hay que decir eso, porque como en España y Chile, *pasan*.” En un restaurante, la gente se puso de pie a aplaudir cuando la ventaja de Calderón fue declarada “irreversible”, una ventaja de 250,000 votos, estrecha incluso en la disputa de una alcaldía. No: ni Arthur Gordon Pym vio cosas peores.

Vi a personas generalmente razonables convertidas en heraldos de un bando, prometiéndole al enemigo una variedad de castigos que no ignoraba el escarnio público y que llegaba a incluir la auditoría de gestión, esa versión mexicana del fusilamiento. Vi, como todos, una votación copiosa y unas autoridades electorales rebasadas por una fuerza irresistible, que algunos llamarán *el Pueblo*, otros *la Historia* y que yo relaciono con una epidemia de cólera.

Vi a los articulistas de los diarios y hasta a los vecinos más simplones atizándose de marrazos verbales, acusándose mutuamente de ineptos y vendidos aunque se dediquen a la venta de jícama o dulce de leche y se saludaran amablemente todavía la tarde anterior. Como en una película de *zombies*, los mexicanos pasaron de la incredulidad ante los políticos a la pasión más insana por ellos, y decidieron que este verano, que estas elecciones, eran el momento adecuado para salir a comer sesos. Sesos de adversario o propios, lo mismo da.

La cosa fue empeorando. “Es como ver unos penales”, declaró Elvia, una secretaria teñida de rubio, en medio de una multitud inmóvil frente al televisor. En pantalla, el Consejero Presidente del IFE declaraba por primera vez (y

Postales electorales

vendrían más) que el resultado de las elecciones era demasiado cerrado para dar un ganador. Elvia atinaba y se equivocaba también. No eran unos penales, porque nadie más que el tirador se juega el futuro en unos penales: si el balón da en el poste, pues los desechados quemarán su casa, pero poco más. Sin embargo la noche, las noches, en que los conteos preliminar y definitivo dieron la ventaja a Felipe Calderón sobre Andrés Manuel López Obrador serán recordadas como una suerte de final futbolera, final monstruosa a ida y vuelta y de decenas de horas de duración, tensa, crispante, odiosa, con llanto final y pataleta del vencido y cursi epifanía del ganador (salvo que el árbitro añada algo al asunto, cosa que está por verse). Una final mal jugada que nos dejó a todos enojados con todos.

El choque de trenes era predecible, pero no deja de resultar aparatoso. Estuve en la ciudad de México la semana previa a las elecciones y el ambiente era de vísperas de coronación papal. Los *connaisseurs* hacían cábalas sobre el gabinete de López Obrador y la ubicación de sus cuates en él, y los de a pie escuchaban con la seguridad de los conversos. “¿Qué tal, joven? ¿Va al cierre del Presidente de la República?”, me preguntó un taxista cuando le pedí que me llevara a una dirección en la calle Isabel la Católica. El contrasentido de su frase era encantador: “¿Cómo presidente si todavía no son las elecciones?”, repliqué en prudente voz baja (un taxista anterior me había bajado de su vehículo, indignado porque llamé Peje al Peje). “Uy, joven, pero *pos* ya es un hecho que gana el AMLO y, la neta, qué bueno.” Como exigía el eslogan de la coalición *Por el bien de todos*, el taxista sonreía: sabía que iba a ganar.

La verdad es que yo no iba al cierre de campaña de Andrés Manuel López Obrador en el Zócalo (no me imaginé en las cercanías de 250,000 personas que

estén de acuerdo en lo que sea, sin que me domine un deseo intenso de huir). Pero me quedó claro que en la ciudad de México no había siquiera necesidad de urnas: la victoria electoral del ex jefe de gobierno se daba por descontada, incluso entre sus rivales. Con razón nadie cree que el Peje haya perdido. En sus cabezas, las elecciones ya habían tenido lugar.

De regreso en Guadalajara, el viernes anterior a la votación, el panorama era inverso. Había miedo, se respiraba un ambiente de villa romana a la espera de los vándalos. Otro taxista (hay que aceptar que los conductores, cuyas opiniones se van cocinando al calor de las de su pasaje, son lo más cercano al “ciudadano promedio” que veremos jamás) me confesó su rabia ante la posibilidad del triunfo de López Obrador: “Los pinches chilangos están acostumbrados a que les paguen todo, a que les subsidien la leche, el metro, la escuela, y hasta los pinches sepelios. Por eso quieren en la presidencia un cabrón que les siga dando chichi.” El miedo al Peje llegó al extremo de que el PAN local, que lucía tambaleante o derrotado días antes, ganó la gubernatura de Jalisco, el congreso local, los municipios metropolitanos de Guadalajara y hasta la dirección del club de leones, si hemos de hacer caso a los chistes.

El mapa tras el 2 de julio muestra un país partido en dos (como en un *ying* y *yang*, apenas un par de estados disidentes rompen la unanimidad de los dos grandes bandos regionales). El norte azul, el sur amarillo. Es caricaturesco y asombroso, como si México entero se hubiera convertido en un cartón político habitado por puercos con sombrero de copa y esqueletitos vestidos de campesino. Se acabó la distancia crítica, se acabó la reserva ante los políticos, y pareciera que el cuarenta por ciento de abstencionistas hubieran simplemente desaparecido, como cuando se ajustan las cifras de las encuestas.



Y se refugia uno en unos tacos, pero el virus ha llegado allí también. “Ahora sí va a ponerse cabrona la lucha, pen-dejo, y se las van a cobrar todas a tus pinches panistas”, dice un gordito de lentes, con dedo admonitor. Y un tipo indistinguible, otro gordito de lentes que lo mira como en un espejo, le responde: “Mira, *güey*, cada vez que hay lucha, ustedes salen perdiendo. Así que cállate el hocico o aquí te lo parto.”

Seguro que ni en Weimar ni en la República Española ni en la Torre de Babel eran tan ocurrentes. —

El Rayito Exterminador

MAITERICO

M iércoles, 28 de junio. Cierre de campaña del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Perdida entre la multitud que desborda el Zócalo, una anciana indígena sostiene una foto enmarcada de Andrés Manuel López Obrador con una leyenda: “Ruega por nosotros.” En el estrado, el autoproclamado Rayito de Esperanza se deja adorar. Detrás, en



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Fabrizio Vanden Broeck

sus asientos reservados, los intelectuales cortesanos se ahuecan como gallinas ponedoras. Señoras, señores: con ustedes, el redentor de México.

Domingo, 2 de julio. Largas filas para votar y jornada sin incidentes. Por la noche afloran los nervios. El Instituto Federal Electoral y los principales medios de comunicación se abstienen de emitir los resultados de los conteos rápidos, ya que el estrecho triunfo de Felipe Calderón es inferior al margen de error. El programa de recuento preliminar arroja el mismo resultado. A pesar de todo, López Obrador salta a la palestra y se proclama vencedor. Su gesto crispado indica lo contrario. Tienen las actas. Saben que han perdido.

Miércoles, 5 de julio. Comienza el recuento oficial en los trescientos consejos distritales del país. A las puertas de la junta número 12, en la colonia Roma, Martí Batres arenga desde una camioneta a unos cuantos simpatizantes. Ahí está, megáfono en mano, nada menos que el presidente del PRD del Distrito Federal, ejerciendo de agitador. El mismo que años atrás, siendo diputado local, regaló a sus redes clien-

telares de familias pobres cargamentos de leche *Betty*, un sucedáneo contaminado con materia fecal. En aquel reparto también participó activamente su amigo René Bejarano, más tarde secretario privado del regente López Obrador y recaudador de sobornos. “Si no ganamos, es que hubo fraude”, proclama Batres.

Viernes, 7 de julio. No ganan, luego hay fraude. La campaña de acoso y derribo del proceso electoral va a todo vapor. Tras haber descalificado el recuento preliminar, el PRD desconoce ahora el escrutinio oficial, que da el triunfo a Calderón por 244,000 sufragios. Exigen la repetición del escrutinio “voto por voto”, prevista por ley en casos muy concretos. Pero la ley, explica a la prensa Marcelo Ebrard, flamante jefe electo del Gobierno capitalino, es relativa. James McKinley Jr. trabaja para *The New York Times* y quiere saber, en su español esforzado, por qué el PRD no moviliza ya a la gente en las calles, porque eso “pondría más presión” sobre las autoridades electorales. Y remata: “¿Van a rendirse?” Parece que McKinley Jr. quiere acción. Es lo de siempre. Aguerridos corresponsales de democracias estables se prendan de los caudillos carismáticos y encuentran asquerosamente decepcionante que los mexicanos hayan optado por un señor bajito, de aspecto anodino y propuestas sensatas.

Lunes, 10 de julio. Ya está. López Obrador presenta la madre de las pruebas del “fraude generalizado”: un video muestra a un hombre que mete varias papeletas en una urna. Lugar del crimen: Salamanca, Guanajuato. ¡La vuelta al pasado!, se escandaliza Carmen Aristegui en la CNN. De hecho, el *mapache* es el responsable de la casilla, que está depositando en la urna de *Senadores* tres boletas introducidas por error en la urna de *Presidente*. Todos los presentes han estado de acuer-

do, han firmado el acta y han permitido que se filme. Al día siguiente, Juliana Barrón, representante del PRD en esa casilla, desmiente que hubiera fraude allí y defiende la honestidad de su compañero, Juan Castro, un maestro que está pensando demandar a López Obrador por mostrarlo ante el país como un delincuente. ¿Qué responde el interpelado? Que algunos representantes del PRD han sido comprados.

En su desesperación por alcanzar el poder, el Rayito de Esperanza se ha convertido en el Rayito Exterminador. Se inventa la pérdida “de tres millones de votos” y la manipulación del recuento preliminar. Exige que se abran ilegalmente los paquetes electorales, para luego denunciar que se han abierto ilegalmente los paquetes electorales. Insulta a su militancia. Dinamita la credibilidad de todo el sistema electoral mexicano, que con tanto esfuerzo se había logrado construir. Con él desfilan los rostros de la ira. El rostro pasmado de la vocera Claudia Sheinbaum. El rostro electrizado de Manuel Camacho, que ve frustradas, una vez más, sus ambiciones de llegar a la Presidencia, aunque sea en la sombra. Las sonrisas congeladas de Ricardo Monreal y Leonel Cota. Y el que faltaba: Manuel Bartlett, que aún arrastra las telarañas de “la caída del sistema” en 1988.

Todos denuncian el fraude, con cara de no haber roto un plato en su vida, dispuestos a envenenar la convivencia y a impedir la gobernabilidad. Todo vale para esta maquinaria que concentra las artimañas de los viejos capos del priismo. Mientras tanto, los intelectuales orgánicos patalean. Adiós, puestazo, adiós. Adiós, subvención, adiós. Sergio Aguayo denuncia en *El País* “las elecciones más lodosas de la historia”. Nada más y nada menos. Viéndolos así, en conjunto, uno se pregunta qué sería de México si el Rayito Exterminador y su séquito llegaran al poder. —